

JOSÉ SANTESTEBAN

HACE poco se cumplió el aniversario del fallecimiento de este eminente maestro, el famoso y popular organista de Santa María, hijo de aquel inolvidable *maisuba* que fué la encarnación del espíritu musical donostiarra en su tiempo.

Digno heredero de su padre, le sucedió en el cargo de organista de Santa María, y en la plausible tarea de recoger, hermostrar y adornar con las galas del arte y la inspiración, los sencillos y sentimentales aires del país vasco.

Murió en Septiembre de 1906, y hoy que tanto se habla, se discute y se perora, con, de, por, sin, sobre, maestros y compositores, apenas si unos labios amigos dejan deslizar unas palabras de admiración y recuerdo a aquel insigne maestro cuya pérdida nos llenó de aflicción.

Esa es la razón que nos induce a evocar el nombre amado de aquella gloria, esencial e íntimamente donostiarra, y a reproducir en su recuerdo los párrafos que a su muerte le dedicó otra eminencia musical española, el insigne maestro Tomás Bretón:

«¡Bien merece la memoria de Santesteban algo más que las palabras que yo puedo dedicarle!

»Aunque tuve el honor de ser su amigo, no poseo datos suficientes que me permitan, caso de que hubiera tiempo para ello, escribir una biografía. Saldoni, en su Diccionario, tampoco los ofrece.....; así me limitaré a decir que D. José Santesteban — que debía frisar en los setenta años — se educó, principalmente, en París. Allí conoció a todos los buenos compositores de su tiempo, trabando íntima amistad con el insigne y malogrado Bizet; circunstancia que ya acreditaba el alto concepto que en la capital de Francia disfrutaba nuestro compatriota. De vuelta a España, fijó su residencia en San Sebastián, con-

quistando muy luego el aplauso y el afecto de sus paisanos, por su extraordinario mérito en el arte y las excelentes condiciones de carácter que le distinguían. Dedicóse, muy especialmente, al género religioso, en el que sobresalió, tanto por una sólida técnica cuanto por el gusto más refinado y exquisito.

»Hace muchos años que ocupaba la plaza de organista en Santa María, en cuyo puesto, y merced al hermoso órgano Cavaillé y Col que posee aquella iglesia, uno de los mejores de España, brilló en todo su esplendor el genio de Santesteban, con general admiración y orgullo de fieles y de meros aficionados al divino arte.

»Era notable improvisador. Compuso multitud de obras religiosas: preludios, estudios y piezas diversas para órgano y piano, en todas las cuales resplandece soberana distinción. También escribió *Pudente*, ópera regional muy interesante.

»Perteneció siempre como importantísimo miembro a los Jurados que en San Sebastián y en las demás provincias vascongadas se formaron para concursos, certámenes y oposiciones, llegando a presidir no pocos de ellos.

»Publicó una extensa colección de cantos vascos; fundó un gran almacén de música e instrumentos, y contribuyó, en fin, cuanto humanamente pudo a la difusión y mejoramiento del arte en aquella región privilegiada, en donde la música, al igual de los países del centro y norte de Europa, es suave alimento del alma y poderoso elemento de educación. ¡Quizás no es aventurado atribuir la virtud, la austeridad y la nobleza de aquella raza al culto que siente por la música, de cuyo arte, Santesteban fué, sin duda, uno de sus más ilustres cultivadores!

»Cumplió como bueno, hizo patria por eso hará bien ésta en conservar grato e imborrable recuerdo del español modelo, del excelente artista.

»¡Descanse en paz el llorado amigo!»

Después de las palabras escritas con la autoridad de maestro eminente, poco o nada será lo que podamos agregar nosotros que no desentone de esa calurosa, lógica y justa exaltación del olvidado maestro donostiarra.

Pero séanos permitido al menos insistir en la necesidad de «conservar grato e imborrable» el recuerdo de aquel «excelente artista».

Muchos y buenos músicos y compositores ha producido la Euskal-erria, y en nuestra actual juventud destacan briosamente esclarecidos cultivadores, maestros en el arte, en el gusto y en el sentimiento.

Mas no por esto creemos se haya cubierto por completo nuestro retablo artístico; aun creemos ha de quedar un nicho disponible donde glorificar la memoria del ilustre músico donostiarra.

Y los que con místico recogimiento escuchamos sus arrobadoras composiciones religiosas, los que sentimos latir nuestros corazones al escuchar aquellos aires de nuestras montañas engalanadas con el mágico ropaje de su arte maravilloso, los que en el paroxismo de patriótico entusiasmo le aclamamos al estrenarse aquella ópera *Pudente*, predecesora de las espléndidas producciones de la lírica dramática vasca que hoy constituyen nuestro orgullo; nosotros estamos obligados a ofrendar el testimonio de nuestra admiración y de nuestro afecto en el altar levantado a su memoria.

Y que las generaciones venideras nos imiten.

CLAVE DE FA

